

efecto sino verdaderos *mata-candelas*. Mas vos no decís nada, mi apreciable Licenciado; advertid, que vuestro silencio compromete la santa causa de la libertad.

El Abogado. Vos la defendeis con tanto talento, que ciertamente no teneis necesidad de auxiliares. Yo lo he dicho siempre: vos no estais forjado para ser filósofo. ¡Dios mio! yo rabio cuando veo semejantes mugercillas temblar delante de un argumento, y por el vano honor de una lógica anticuada, convenir en su derrota y cantar la palinodia.

El Caballero. Calmaos, mi amigo, yo no he sido todavía derrotado: yo puedo muy bien abandonar los decretos de nuestros parlamentos, sin conceder la victoria á nuestro comun adversario. En efecto, si es necesario para ser consecuente desistir de las sentencias de la magistratura, no debe decirse lo mismo de un edicto del Rey, que si no me equivoco contribuyó por su parte á la destruccion de los Jesuitas. Nuestro querido Vizconde no declinará sin duda una autoridad de esta clase; bastale para esto ser buen realista y mejor francés.

El Vizconde. ¡Y bien! vosotros tambien errais en esto; este edicto no me impone mas que los decretos de los parlamentos; porque es un principio, al menos entre nuestros razonadores del antiguo régimen, que la ley nueva destruye las antiguas, cuando sus disposiciones respectivas se encuentran en contradiccion.

El Caballero. Pero qué ¿podreis citarme un so-

lo párrafo en nuestras leyes actuales, que sea favorable al restablecimiento de los Jesuitas? No, sin duda; ergo, segun vuestros mismos principios, las leyes antiguas están en todo su vigor.

El Vizconde. Si yo no tuviese toda la urbanidad francesa, os diria, Caballero, que vuestro *ergo* solo es una necedad; mas como las injurias no son razones, me limitaré por lo pronto á responderos, que niego formalmente la proposicion de V. S. ¿No es evidente, decidme, que la Carta ha consagrado la libertad de las opiniones?

El Caballero. Ya veo la consecuencia; pero ella no es admisible.

El Vizconde. ¿Y por qué? tened la bondad de contestarme.

El Caballero. Porque jamás el Rey de Francia pudo tener la intencion de tolerar á los Jesuitas.

El Vizconde. Vos os burlais, mi digno amigo. Los bonzos, los brammas, los derviches tienen el derecho de establecerse en medio de nosotros: yo puedo hacerme mañana judío, musulman, kuakero, anabaptista, y ninguno puede reconvenirme: puedo adorar á Vichenou, venerar al gran Lama, quemar incienso delante de un Cocodrilo, ó prosternarme ante un mono, y nadie tiene privilegio de turbar mi culto y de insultar mi idolatria: puedo, en fin, hacerme deísta, materialista, ateo y, gracias á la Carta, me es permitido vivir y dormir en paz. Decidme, ¿no es esta doctrina eminentemente constitucional? ¿y, con des-

precio de la ley fundamental, podrán ser desterrados los Jesuitas, como verdaderos apestados? ¿esto no es increíble? Mas sin embargo, tenemos juristas, que se jactan de saber racionar, y no se avergüenzan de sostener esta extravagante opinion: ¿no es esta capaz por su naturaleza de chocar al buen sentido del mas soez aldeano? ¿Puede hacerse tal violencia al sentido comun, sin ser el juguete de una fanática preocupacion, ó sin la prueba mas inequívoca de la mayor mala fé? (1)

Vamos, Señores Jesuitas, abandonad esta hermosa Francia, que os repele: puesto que un grito general se levanta contra vosotros, es indispensable, que seais ogros, antropófagos, ó cien veces peor que todo esto. Los que nos aconsejan la lectura de *Cándida*, la meditacion de la *Doncella*, os acusan de corruptores de la juventud: en consecuencia, este artículo de acusacion es suficientemente demostrado. Los amigos de Berton, los admiradores de la Fayette, los abogados de Robespierre os llaman facciosos; ¿qué medio hay

(1) Este argumento debe ser de mayor peso donde no hay tolerancia, respecto de un cuerpo eminentemente católico. Se asegura, que el único medio de hacer progresar la instruccion, es dejar completa libertad en la enseñanza, y crear intereses para los que se dediquen á cultivar las ciencias; pero esto no habla con los Jesuitas, á quienes la historia, no obstante, presenta como los mas hábiles maestros de la juventud, que han existido jamás, y los que con preferencia á todas las corporaciones del mundo han cultivado con mayor acierto todas las ciencias; pensar solamente en ellos, es contrariar este liberalísimo principio, retrogradar abiertamente á las tinieblas del siglo XIII.... Todos los axiomas liberales son un enigma.—T.

segun esto, de reconocer vuestra inocencia? ¿No sabéis, que un poeta francés, con su dulce urbanidad, os ha marcado poco ha con el risible sobrenombre de machos cabríos y tartufas? Se os ha acusado de predicar el regicidio: ¿y esta acusacion no equivale á pruebas sin réplica? Creedme, pues, alejaos de la Francia, y no comprometais, permaneciendo entre nosotros la salvacion de la Monarquía, que el *Constitutionnel* se ha dignado tomar bajo su proteccion. Es cierto, que hay Jesuitas en los Cantones suizos y holandeses, en Inglaterra y en los Estados-Unidos; pero se sabe bien, que en estos paises no se entiende lo bastante, qué cosa es libertad.

El Caballero. Vos perorais maravillosamente, con vengo en ello; pero en fin, si los Jesuitas no son unos monstruos: ¿por qué son rechazados por la opinion pública?

El Vizconde. Voy á responderos á esta pregunta: mas os diré yo antes, si la opinion publica los rechaza, como vos lo pretendéis, calmaos, permaneced tranquilo, los Jesuitas jamás podrán naturalizarse en Francia; sus escuelas quedarán ciertamente desiertas, y estos bárbaros se verán precisados á ir á solicitar acogida en naciones un poco menos filosóficas que la nuestra. Este desencadenamiento general, de que me hablais, es una verdadera demencia. ¡Ah, mis queridos amigos! ¿si nosotros burlamos á nuestros buenos abuelos, con cuanta justicia va á divertirse la posteridad á nuestra costa! ¿cuánto va á reírse de nuestros pánicos terrores!

El Caballero. Decis muy bien, Señor Vizconde, yo confieso que los Jesuitas me ocasionan un temor horrible: y me hallo de tal manera asustado, que creo encontrarlos en todas las calles; y en medio de la noche, me hace despertar esta idea sobresaltado.

El Vizconde. Si esta no es una *preocupacion*, por lo que á mi toca no sé lo que quiere decir esta palabra.

El Abogado. Vaya que nuestro amigo el Caballero ha manifestado muy poca destreza. Veamos, Señor Vizconde, si sois tan feliz, luchando conmigo. Como á pesar de vuestra aristocrácia no dejais de ser hombre despreocupado, y no obstante vuestro jesuitismo, teneis sin embargo rectitud y honradez, yo no temo abrir os mi corazon y explicarme sin el menor rodeo. Yo os diré, pues, que los corifeos del partido liberal se burlan de los Jesuitas, y se rien los primeros de las pomposas declamaciones con que cada dia afectan llenar las columnas de sus periódicos, y las páginas de sus mordazes folletos.

El Caballero. ¡Qué hablais, mi querido Licenciado! Vos no reflexionais en lo que decis. Me acusasteis hace poco de perjudicar á nuestra santa causa: ¿y no reparais en comprometerla cien veces mas con semejante declaracion? Si es positivo que los corifeos del liberalismo se permiten el hablar, escribir y declamar contra el testimonio de su propia conciencia (1); ¿qué nombre deberá darse á tales hombres?

(1) En nuestra América se ha presentado un fenómeno.

El Abogado. Poco á poco, amado amigo, vos me causais verdaderamente lástima. Ya lo preveo, á la primera ocasion, volveréis caras; no mereceis ser admitido entre nosotros. Para llegar á ser verdadero liberal, es necesario genio; mucho genio, ¿lo entendéis? y sobre todo una gran fuerza de carácter. El hombre que repara en vanos escrúpulos, deshonra á la filosofia, y no es bueno para otra cosa que para capuchino. Vuelvo á la conversacion, Señor Vizconde: nosotros conocemos bien, que un centenar de Jesuitas son impotentes para comprometer las libertades públicas: sabemos igualmente que estos pobres diablos no son tan peligrosos como lo decimos; mas no ignoramos que estos Señores son hombres muy diestros, que conocen el arte de manejar los espíritus, y que nosotros seremos muy pronto suplantados. Se nos grita que los dejemos obrar, supuesto que son repelidos por la opinion pública. ¡Ya! Los mas hábiles de nosotros ven un poco mas claro. Dejémoslos obrar, y en treinta años el fanatismo habrá cambiado la faz de la nacion. Hoy mismo que hacemos tantos esfuerzos

tambien bastante gracioso. Antes de solicitarse el restablecimiento de los Jesuitas, los *almanaques* competian en recordar á la posteridad los inmortales nombres de los Mirandas, Abades, Clavigeros y Campois; y ahora solo se piensa en traer á la memoria el asesinato del Padre Segura, y el despótico bando de expulsion. Primero se recomendaban las misiones del Paraguay, se publicaban los versos de Landivar, y reimprimian los escritos de Crasset.; mas ya ocupan su lugar la *Inocenciana*, *Provinciales* y *Enfermedades*, y no se habla sino de Palafox, Pascal, Mariana y Cárdenas... ¡Lo que vá de ayer á hoy!—T.

por desacreditarlos, esta polilla se multiplica cada año de una manera alarmante; se ocurre á sus establecimientos, y los mismos liberales no se avergüenzan de confiar sus hijos á estos aborrecidos mortales. Yo quisiera con todo mi corazón, que se ahorcase, sin formalidad de juicio, al primero de los nuestros, que se atreviese á dar semejante escándalo, con oprobio de la filosofía y de los filósofos.

El Vizconde. ¿Y pensais triunfar á la ayuda de semejante táctica? ¿Los hombres racionales no se indignarán de este sistema de calumnia y difamación? Entre vosotros tambien hay personas, que quieren examinar antes de creer, y reflexionar antes de condenar. Los que miran en la infalibilidad del Papa un dogma absurdo, no admitirán sin duda la del *Courrier* y el *Constitutionnel*.

El Abogado. Vaya que sois inocente, Señor Vizconde: ¿así es como se discurre el día de hoy? Aun cuando digamos las mayores sandezes, nosotros seremos aplaudidos por la multitud: con dos ó tres palabras de convencion, nosotros podemos conmovér las tres cuartas partes de la Francia. ¡Las palabras! ¡Las palabras! Señor Vizconde. ¡Vivan las palabras! Vos no conocéis su terrible poder sobre el espíritu de la multitud. Que se hagan sonar en sus oídos las palabras enfáticas de igualdad, de libertad, de supersticion, de fanatismo, y vereis á millares de gentes simples patear de alegría, ó bramar de cólera, echar espuma por la boca de rabia, ó caer en deliquio. Los que nos

leen son de una masa tan suave, que les haremos creer son las doce de la noche en la mitad del día. Les diremos que los Jesuitas dirigen á nuestros graves ministros, aunque estos *reverendos Padres* no se acerquen ¡ más á sus doctas Excelencias, y estas gentes gritarán bajo nuestra palabra, mueran los ministros. Escribiremos que los Jesuitas han dado muerte á la libertad, de la que, sin embargo, debemos confesar que usamos á ocasiones muy largamente, y nuestros aplaudidores maldecirán á los Jesuitas, que han traído sobre la Francia una tiranía mil veces mas odiosa que la del gran Turco (1). Clamaremos que los Jesuitas han paralizado el comercio, que no obstante no va muy mal; y estos cándidos exhalarán mil clamores, y querrán poner á los Jesuitas como nuevos. Afirmaremos, por último, contra todo lo que testifica la historia, que los Jesuitas fueron siempre unos zotes é ignorantes, y nuestros bellos espíritus de tabernas y cafés os sostendrán con un tono muy sério, que ellos fueron unos Vándalos y Visogodos (2).

El Caballero. En verdad, creo que mi Licenciatura desvaria. Es necesario convenir, que habeis to-

(1) Parece profecía. Hasta ahora ignorabamos, que el último Rey de Francia habia caído por restablecer la Compañía; pero ya nos sacaron de la duda en México. ¿Tan pronto, exclaman ciertos escritores, se han olvidado de la Francia de 1830, y del Jesuita Carlos X....? Oh! les braves gens!—T.

(2) Todo el mundo es Popayan. En México se ha llamado á la Compañía de Jesus, *sociedad tenebrosa*. ¡Ya se ve! En diciéndolo el partido, debe creerse á ojos cerrados, que el mismo sol no alumbra.... ¿Risum teneatis amici?—T.

mado un excelente medio de refutar á nuestro adversario, y tenido mucha razon de haberme echado en cara, hace pocos momentos, el comprometer la santa causa de la libertad.

El Abogado. ¡Vaya que nuestro Caballero es un pobre hombre con todo su *moderantismo!*

El Vizconde. Vos convenis, pues, con esto, que vuestras gentes son unos verdaderos mentecatos.

El Abogado. ¿Quién os dice lo contrario? Yo os lo concedo sin la menor dificultad. Verdaderamente hay mucho de que reir, Señor Vizconde; sí, mucho de que reir: no hay ninguno, sin exceptuar al maestro Gregorio, mi docto barbero, cuya indignacion filosófica no sea sumamente divertida. Sobre todo, él está furioso contra los Jesuitas, y para entreteneros un poco, voy á contaros la conversacion que tuvimos el otro dia á cuenta de estos *reverendos Padres*.—Mi querido Gregorio, le dije al verlo entrar, ¿quieres bien á los Jesuitas?—Yo los detesto y aborrezco, Señor Licenciado, y daría quince años de vida por tener el gusto de fusilar á uno solo.—¿Pero qué te han hecho estos Señores para encender así tu cólera?—¡Qué han hecho, Señor! ¡Qué han hecho! ¿por ventura lo ignora un sugeto como vos? ¿Pretendeis sin duda divertirnos conmigo? Vos sabeis tambien, como yo, que estos perversos monges predicaron las cruzadas.—Mi caro Gregorio, yo no sé esto ni puedo saberlo, porque en el tiempo de las cruzadas aun no habia Jesuitas en el mundo.—Esto no es posible, Señor Li-

enciado, digo que no es posible; porque mi vecino el Juez de paz, que sabe todo lo que puede saberse, me ha certificado la cosa.—Sin embargo, esta no es ciertamente verdadera, y si tu Juez de paz no conoce mejor el código civil que su historia, es necesario confesar, que no gana en conciencia el salario que le paga el Gobierno.—Puesto que vos lo asegurais, lo creo sin dificultad; mas no importa, yo no cambio de opinion. Por un crimen mas ó menos, los Jesuitas no desmerecen el honor de la horca. ¿No han establecido ellos los diezmos, los derechos feudales y la Inquisicion?—¿Tambien te ha dicho esto tu Juez de paz?—No, Señor Licenciado, sino el sábio doctor Bonifacio, este ilustre médico, que entierra á todos los enfermos de nuestro cuartel; en esto á lo menos él no me habrá engañado sin duda, y estoy muy seguro de lo que digo.—Si tu hábil doctor ha puesto la nariz en la historia, debe confesarse que no ha sabido leer, ó que ha pretendido reirse de tí. Los tres espantosos azotes de que hablais, han existido mucho tiempo antes que los hijos de Loyola.—¡Ah! Pues el doctor Bonifacio ha intentado engañarme, no le entregaré mas mi pulso; y este necio burlador no volverá á ordenarme una sola pildora, aunque tenga yo que vivir mas que Matusalén. Siquiera convendreis, Señor Licenciado, que los Jesuitas han asesinado á un cierto Rey de Francia llamado Enrique III.—No, mi amigo Gregorio, no puedo convenir en esto, pues el asesino de este cierto Rey de Francia no fué Jesuita; mas en cuanto este

hecho histórico, un barbero es bien excusable en ignorarlo, cuando un ilustre letrado breton no ha sabido mas que él.—Vamos, Señor, que me asombrais y confundis con estas cosas; ¿pero qué, en fin, no han destronado ellos muchos tiranos? ¿no han conspirado, y no conspiran todos los dias? (1) ¿Esto no es claro, no es evidente, no es incontestable?—Si ellos hubiesen destronado tiranos, nosotros deberiamos agradecerlo, porque habian ejecutado una grande accion; mas no han tenido jamás tan glorioso mérito. En cuanto á sus pretendidas conspiraciones, si ellos han desempeñado semejante oficio, que frecuentemente suele adquirir honra, lo han hecho tan á la sordina, que la historia nunca los ha podido convencer hasta ahora. Los libelistas los han acusado; mas estos no son autoridades muy respetables. El *Courrier*, el *Constitutionnel* y compañía, pueden invocar semejante testimonio, y tienen sus miras en hacerlo; pero tú, mi Gregorio, que te precias de filósofo, no debes hacer lo mismo.—¿Direis, tambien, que los Jesuitas no han escrito libros horribles, libros atroces y abominables? (2)—Exageracion, querido Gregorio, verdadera exageracion. Algunos del cuerpo han profesado

(1) Puede verse sobre esta acusacion un papel suelto que tiene por título: *Carta al Pueblo mexicano sobre la verdadera conspiracion del momento*; que se halla de venta en la libreria de Abadiano, calle de Santo Domingo.—T.

(2) Sin duda Maese Gregorio conocia LA HISTORIA DE LOS DOS JUANES, antiguo, curioso, y horrendo manuscrito de 1647, oculto en la libreria del Colegio de San Ildefonso, contra el Venerable Señor; y publicado recientemente en México, como un Documento importante, sobre los Je-

máximas un poco relajadas; pero el mayor número han enseñado siempre la sana moral y practicado las mas nobles virtudes. Algunos han avanzado que era permitido matar á un tirano, esto es cierto; mas todo el Orden ha protestado contra tal doctrina: por otra parte, ¿unos liberales como nosotros debemos reprocharles esta opinion? ¿A gentes que justifican la muerte de Luis XVI., corresponde alarmarse contra el regicidio? Si los Jesuitas realmente hubieran sostenido esta doctrina, eminentemente popular, nosotros deberiamos alargarles la mano en señal de fraternidad, y lejos de procurar envilecerlos, estariamos obligados, en virtud de nuestros grandes principios, á consagrar á su gloria cantos de felicitacion é himnos de reconocimiento.—¿Mas no eran unos intrigantes, hipócritas y ambiciosos?—Véanse unas expresiones vulgares, con que se deslumbra á los ignorantes; estos ambiciosos de un género particular comienzan por renunciar á todas las dignidades eclesiásticas: en lugar de aspirar á ceñir su frente con la tiara ó la mitra, se ocupan en el humilde ministerio de regentes en nuestros Colegios, van á morir á los desiertos del nuevo mundo, corren á hacerse empalar entre los turcos; ó á ser quemados á fuego lento por los iroqueses.—No importa, Señor Licenciado, los Jesuitas no dejan de ser perso-

suitas de 1841. Este escrito sí es un argumento, al que no resta otra réplica, que agachar la cabeza. Rogamós á los ilustres lo lean, releen y vuelvan á leer: no les quedarán ya ganas de pedir el restablecimiento de la Compañía del siglo XIII.—T.

nas dignas del suplicio, y si esto no fuese cierto, no repetiría toda la Francia el mismo refrán.—Mi caro Gregorio, esto consiste en que la mayor parte de los hombres son como tú: hablan sin leer, juzgan sin examinar, condenan sin oír.—Mas entonces decidme, ¿cómo tenéis valor de imitar mi ejemplo, y gritar de conformidad contra estos malignos Jesuitas, que en vuestro juicio, son mas blancos que la nieve?—Yo te explicaré esto otra ocasión, mi estimado Gregorio, y sea lo que fuere de nuestra conversacion, guardate bien de divulgar una palabra, ó al momento cesarás en nuestra lógia del honroso empleo de hermano sirviente. Gritemos siempre, *abajo los Jesuitas*, y haremos una cosa útil á la gloria de nuestro pais.—Pero una palabra, Señor Licenciado; yo no puedo comprenderos. Si los Jesuitas, á quienes detesto cordialmente, no son unos insignes bribones, me parece que nuestra conducta será lo sumo de la injusticia, y lastimaría la conciencia de cualquier buen ciudadano.—¡Ah, Señor barbero! ¡Sois filósofo, y tenéis escrúpulos! ¿No sabeis que estas dos cosas son incompatibles? Renunciad prontamente á este decoroso título, ó tomad el partido de despreciar todas estas preocupaciones del antiguo regimen; mostraos hombre de gran carácter, ó, creedme, dejad las nabajas y tomad el hábito de capuchino. Maestro Gregorio, sácame últimamente de una duda: ¿no conservas todavia en tu poder á Margarita?—Si, Señor Licenciado.—¿no quieres mantenerla contigo sin haberte casado?—Si, Señor, sin du-

da alguna.—¿Tienes el proyecto de hacerla tu muger?—¡Dios me libre, Señor Licenciado!—Bien. Pues, si los Jesuitas se establecen en Francia, es necesario ó que te cases con ella, ó la apartes de tu lado.—¿Os burlais, Señor?—No, no me chanzo, la cosa es segura.—En este caso, mueran los Jesuitas y viva la libertad (1). Qué decís, Señores, de este pequeño diálogo: ¿no es de los mas divertidos?

El Vizconde. Lo es sin la menor duda; ¿mas esto no hiere tambien un poco la conciencia, como lo decia maestro Gregorio en su buen sentido de barbero?

El Abogado. ¡Estais fresco con vuestra conciencia! ¿Cómo os atreveis á usar de semejante language al principio del siglo XIX.? ¿No sabeis que el fin legitima los medios? Vos no recusaréis sin duda tal máxima, que debemos, segun nuestros grandes periodistas, á estos rabiosos hijos de San Ignacio, que no han sido unos necios y mentecatos (2).

(1) El que lee este Diálogo y recuerda la representacion de la Junta departamental de Chihuahua, contrariando el restablecimiento de la Compañia, no puede dejar de admirar la semejanza de las observaciones de aquella corporacion y del estúpido rapista; ¡esto si es entenderlo! cuando la Europa sabia, y el *liberalísimo* Norte-América, aprecian y recomiendan altamente á los Jesuitas, se les declara la guerra en un rincon del globo, en un pais asolado por las mismas tribus salvages, que estos Padres con sus sudores y sangre civilizaban en 1767.... ¡O poder mágico de los *Documentos y obras importantes!* ¡O irresistible elocuencia de las *cuatro palabritas!*—T.

(2) Así se afirma en todos los paises sin excepcion del nuestro. ¿Mas con qué se prueba esta maquiavélica conducta? Con el *infalible* dicho de los periodistas, bota-fuego de